

ANTONINA GRZEGORZEWSKA

TÁURIDE. APARTADO 679

LA PASIONARIA

**TRADUCCIÓN DE PAULA BLANCO BARNÉS
Y PAU FREIXA TERRADAS**

MÍNIMA TEATRO, 33



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 33

Títulos originales: *Tauryda. Apartado 679 / La Pasionaria*

© Antonina Grzegorzewska

Táuride. Apartado 679, 2012 / La Pasionaria, 2021

© De la traducción del polaco, Paula Blanco Barnés y Pau Freixa Terradas, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados.

Esta publicación forma parte del proyecto «Mosaico español de la dramaturgia polaca» realizado en el marco del programa del Ministerio de Cultura y Patrimonio Nacional de Polonia «Cultura Inspiradora 2025-2026», para cuya realización el Instituto de Teatro Zbigniew Raszewski de Varsovia ha obtenido una subvención específica.



Ministry of Culture and National Heritage
Republic of Poland



Primera edición: octubre, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

www.puntodevistaeditores.com | @puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 979-13-87624-65-1 | Thema: DD | Depósito legal: M-22049-2026

ISBN Polonia: 978-83-67682-84-8

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com

SUMARIO

TÁURIDE. APARTADO 679	9
LA PASIONARIA	43

TÁURIDE. APARTADO 679

Táuride es una experiencia sustentada en la añoranza. De esta experiencia de carencia surge su geografía específica, la geografía de una tierra sustitutiva. Con el tiempo, esta tierra, que al principio asusta por la extrañeza de sus minerales, vistas indómitas y cordilleras de asilvestradas montañas, se convierte en patria y sus parámetros cambian.

PERSONAJES

IFIGENIA

ROSA / ARTEMISA

MUJERES ANDALUZAS / ACTRICES INSATISFECHAS

TORERO / AGAMENÓN

LA HIJA DE IFIGENIA, de unos ocho años

PRÓLOGO

(Los asuntos de las actrices insatisfechas)

1. No pienso hacerlo.
2. Vamos a dejar clara una cosa: yo sé lo que es el teatro.
3. El actor necesita impulsos. Ella me manda hacerlo sin ningún tipo de impulso. Un buen actor hará lo que ella le indique, del mismo modo que un perro adiestrado le traería un hueso. El actor hace todo lo que le piden. Incluso sin impulsos, porque el director no entiende nada y va soltando sus indicaciones a los cuatro vientos. Y luego deja al actor con esas indicaciones, y los impulsos, que no se van acumulando, ululan, y junto a ellos el actor se queda solo y abandonado.
4. No lo siento, no me convence, no me sale de dentro, es un bodrio.
5. Yo disfruto construyendo un personaje coherente e interpretando personajes que tengan recorrido. Pero para eso necesito a un director que me guíe en medio de mi tormenta mental. El director está ahí para sacar a relucir mi arte a la luz del escenario.
6. Sé llorar cuando me lo piden. Tengo personalidad. En esgrima era la mejor del grupo.

7. Tengo que salir de escena, pero no sé con qué intención y el personaje no tiene sentido. Todo se me ha desmoronado, incluso la falta de lógica no está arraigada en mi energía. Pero si es lo que ella quiere, saldré de escena y listo. *(Sale de escena encogiéndose de hombros.)*

8. Pillo el rollo, pero no es para nada mi onda.

9. Los ensayos están yendo fatal.

10. Este montaje no me gusta. La próxima vez me negaré, no tengo tiempo para perder el tiempo.

ESCENA 1

Arde Áulide.

ESCENA 2

Táuride: tierra, un huerto de hortalizas, un naranjal. Grava blanca. Agaves, cactus, alcornoques. Una amplia terraza con una hermosa vista.

Ifigenia sale a la terraza, procedente de la calcinada Áulide. Carga consigo unas grandes y coloridas maletas de ruedas.

En la terraza de Táuride, la dura luz del sur.

Entra Rosa. Muy bronceada, de perfil noble, cargada de oro.

ROSA. Bueno, por fin ha llegado la señorita. He estado un buen rato esperando, se ha quedado todo frío.

Ifigenia se sienta a la mesa, tiene calor.

IFIGENIA. Tengo que deshacer las maletas. ¿Hay plancha aquí?

ROSA. Los trapitos, otra vez con los trapitos. Se nota que eres de ciudad. En el campo nadie se viste así. No te ve nadie.

IFIGENIA. Soy del extrarradio. ¿Hay una plancha?

Ifigenia saca ropa de la maleta. Un vestido chaqueta floreado, un vestido naranja, uno rosa y sus zapatos.

ROSA. Aquí vas a hacerte con un nuevo fondo de armario. Te comprarás unas botas de agua.

IFIGENIA. ¿Tan a menudo llueve?

ROSA. Esto es el sur, chiquilla. La gente está carbonizada y tiene África en el carné de identidad. Aquí guardamos las botas de agua en el armario para no perder la esperanza.

IFIGENIA. Mañana empezaré a organizarme. Ahora ya es tarde y tengo sueño.

ESCENA 3

Un camerino grande con espejos. Cinco mujeres, con idénticos albornoces de rizo, sacan pelucas negras de debajo de sus tocadores y se las colocan. Ifigenia se saca rápidamente del bolsillo un vidrio marino y observa el sol a través de este, se deslumbra. A pesar de ello, camina en dirección al sol, hacia las bambalinas. En el camerino, las mujeres extraen unos abanicos de sus cajones y los abren con un habilidoso movimiento de pulgar. Ifigenia, con gafas oscuras, sale de entre bambalinas caminando hacia atrás mientras tira de una larga manguera verde de jardín. Va calzada con unas botas de agua. Lleva puesto el vestido chaqueta floreado de su

madre. Del otro lado, también caminando hacia atrás, entra Rosa, regando el suelo delante de ella con una regadera verde. Chocan de espaldas.

ROSA. Majarona. ¡Vaya atuendo! No te mojes las piernas. El agua te está entrando en las botas.

Rosa le quita la manguera de las manos a Ifigenia y la introduce en la regadera. Le pone unos guantes de jardinería.

ROSA. Poda las rosas. Pero no vayas a cortarte.

IFIGENIA. No lo he hecho nunca. No tengo fuerzas. Mejor hazlo tú. Voy a cambiarme.

ROSA. Ya te cambiarás luego. Este traje te sienta bien. Corta unas rosas para las tumbas ya que no sabes cómo cortarlas para los floreros, lamentosa. Me lo voy a currar y con el tiempo te voy a hacer reír. *Dios mío. Terca como una mula.*¹

IFIGENIA. ¿Tal vez debería podar los cactus?

ROSA. Tienes el pelo enmarañado. ¿Cuándo te peinaste por última vez?

IFIGENIA. No tengo peine.

ROSA. Te has abandonado. Un pelo así hay que cuidarlo, ponerle huevo, echarle parafina, arreglarlo como Dios manda.

¹ Las réplicas en cursiva indican que el texto está en español en el original. Para mantener la idea de que el lenguaje de Rosa en ocasiones le resulta incomprensible y ajeno tanto al lector o espectador, como a Ifigenia, y a petición de la autora, se ha optado por traducirlas usando una estilización dialectal andaluza. La intención es la de crear un extrañamiento ante una realidad extranjera, para mantener el efecto de incomprensión que produce el texto original en el receptor polaco. (*N. de los Trad.*)

Ifigenia aplasta un mosquito contra su brazo. Rosa se saca un peine del bolsillo del delantal y comienza a peinarla.

IFIGENIA. Es por culpa del sol. Calienta como un condenado. No me apetece hacer nada. Me han salido pecas. Me lloran los ojos. Pegas unos tirones muy fuertes.

ROSA. Te acostumbrarás, hija.

Por entre el cabello de Ifigenia le coloca una peineta.

ROSA. Voy al vertedero. Tú arranca los hierbajos. Al principio hay que mirar al suelo. Los ojos tardan un tiempo en acostumbrarse a la luz de aquí.

Ifigenia se queda sola. Se quita las gafas y mira hacia arriba. El sol, que está en el cenit, como una bola de fuego peligrosísima, empieza a rotar. A Ifigenia le lagrimean los ojos. Se seca las lágrimas con un pañuelo, frunce el ceño, pero sigue manteniendo un duelo con el sol. No deja de mirar en dirección a este, que se acerca y se aleja. Se oye a lo lejos el palpitir de la lava en el interior de un volcán.

Finalmente, se da por vencida. Ha perdido. Vuelve a ponerse las gafas de sol. Se acerca a una hamaca escondida detrás de una cortina de ramas de naranjo.

Aparta las ramas como si fueran una cortina de ducha y se tumba. Se pone el portátil en el regazo. El sol deja de girar. Enciende el ordenador. Las andaluzas, con el cuello rebanado, retuercen las manos mientras tocan las castañuelas tras los asientos de sus sillas. Un joven español toca la guitarra y sigue el ritmo taconeando con sus botas negras. Rosa se mira la

mano, con los dedos doblados como si estuvieran a punto para bailar una sevillana.

El muro invisible que separa Áulide de Táuride se cierra.

Ifigenia deja de recordar.

La realidad de Táuride, en contraposición a la de Áulide, es de contornos nítidos. Sucede aquí y ahora.

ESCENA 4

Ifigenia se mece en la hamaca. Arranca una naranja del árbol y juega con ella lanzándola al aire.

ROSA. Otra vez estás pujando en eBay. Eres un caso perdido.

Deja de mirarse la mano y añorar ese pasado en que era la reina de las sevillanas. Se limpia las manos con un pañuelo y les echa crema de un tubo. Durante toda la escena se la extiende por las manos, estropeadas por el trabajo en el jardín.

IFIGENIA. ¿Me prestas cien eslotis? Por favor. Es la última vez que apuesto y no me conectaré más usando tu cuenta. Mira qué bonito es.

Rosa se acerca y observa el collar en la pantalla del ordenador.

ROSA. ¡Qué cosa más fea! Se ve a la legua que es falso. Voy a tener que llevar esta chatarra al contenedor. Los mojones con los mojones. Se va a formar un estercolero de joyas.

IFIGENIA. Qué tacaña eres. Hueles a quemado.

ROSA. Estoy ardiendo de vergüenza por tu comportamiento. Cómo es posible. No voy a darte ni un triste céntimo para tus caprichos. Mira cómo tienes los ojos de encendidos por esa oferta que, de todos modos, no te podrás permitir. Nunca. *¡Foh! Çe comporta como una reina y me ladra en mi propia caça.*

IFIGENIA. *(Que sigue indagando en la oferta de eBay.)* No, eso sí que no. Deja de molestarme.

ROSA. Soy tu amiga, no tu enemiga.

IFIGENIA. Mis amigos están lejos.

ROSA. Yo te soy leal.

IFIGENIA. Me importa un comino. Vete. No te me pongas encima.

ROSA. Eres tan complicada que me revuelves las tripas.

IFIGENIA. Estoy aquí por obligación. Esto es un exilio. Tú no tienes ni idea de lo que es la amistad. Estás infestada por tus ovejas y tienes voz de cazalla. Piérdete.

ROSA. Soy más blanda que un panecillo mojado. Puja por esa porquería. Te presto dinero por última vez. *Prefiero eçah pamplinah, comprah y pegoh, que ehtê luto eterno çin joyah.* Agradécemelo, por lo menos. Después de esto, creo que me merezco un buen beso. Vas a parecer un árbol de Navidad.

IFIGENIA. ¡Te lo voy a prestar para el Día del Toro! ¡No te vas a arrepentir nunca de haber dicho que sí!

Besa la mano de Rosa.

Qué olor tan dulce tienes. Hueles a naranjal maduro. Ya he pujado. De repente me siento aliviada como un lápiz

al que le han sacado punta. Solo cuento los días para que llegue el cartero. Es maravilloso, Rosa, mi vida ha vuelto a cobrar sentido. ¿De verdad te parece espantoso?

ROSA. Es una bonita chuminá. Como el anillo de compromiso de Diana de Gales que encontraron en la cuneta.

FIGENIA. Te lo devolveré todo en cuanto encuentre trabajo. Ya sabes cómo es estar desocupada. Mis referencias de medio muerta no son muy alentadoras, pero tengo vitalidad de sobras.

Rosa coge naranjas para hacer zumo. De repente irrumpe un rock and roll.

ROSA. *Ea... No te preocupeh, miarma. Tá bien, quédate en carma. El olô de lah naranjah eh tan frehco, que abre lôh çielôh. No hay ná máh importantê. Ehte olô no çe compra con guita, acuérdate...*

Las mujeres andaluzas se limpian con el antebrazo los cuellos rebanados y comienzan a jugar con las naranjas. El juego recuerda a la petanca o los bolos. Las naranjas, que sacan de unas cestas, vuelan hacia las bambalinas y, al cabo de un momento, vuelven impregnadas de sangre. Entre bastidores tiene lugar una corrida de toros, todavía no han remojado el albero. El suelo está lleno de alegres naranjas. Rojas y anaranjadas. Rosa exprime una con todas sus fuerzas. Ifigenia le va cortando más por la mitad. Las andaluzas sacan al torero a rastras, sujetándolo por debajo de los sobacos, y lo dejan en medio del escenario.

Ifigenia le lanza una naranja. Fuerte. Como si fuera una piedra. El volumen del rock and roll va decreciendo. Mengua

la luz en Áulide. Rosa se acerca con su zumo al torero y se sienta encima de él. Se lo toma lentamente, sin apartar los labios del vaso.

Las andaluzas se van a comer. Se oye el murmullo del mar. Las mujeres se deslizan con unas bandejas por encima de una larga barra. Bajo los brazos sujetan ejemplares de la obra. Se sientan alrededor de una mesa redonda y se tapan las orejas inclinadas sobre el texto.

Al mismo tiempo, Ifigenia abre uno tras otro los paquetes de eBay. Todos contienen joyas que se va poniendo alrededor del cuello, en las orejas, en los dedos.

Rosa no la mira a los ojos. Ifigenia hace cascabelear las joyas mientras se acerca al torero, lo pateo con rabia y de manera reiterada.

ROSA. ¿Por qué la tomas con él? Míralo, el pobre. El toro lo ha agujereado, parece un colador viejo. Compórtate. ¿Acaso tratarías así a tu padre si estuviera aquí tirado desangrándose?

IFIGENIA. Mi sábana bajera no está nunca blanca, sigue manchada de rojo. No hay manera de hacer desaparecer esa pintura roja. Este sádico me pone de mala leche. ¿Qué culpa tienen los toros? Me alegro de que tenga todo el careto ensangrentado.

ROSA. Enciende la caldera. Hay que calentar agua. Es hora de comenzar un nuevo capítulo. Trae una toalla, lo limpiaremos.

IFIGENIA. En la lavandería hay arañas, tráela tú.

ROSA. Cógelo por los pies, hay que llevarlo a la sombra. Me gustan tus impertinencias. Las prefiero a esa taciturna susceptibilidad. Cuidado con los zapatos. Y que tenga que suceder justamente al mediodía. No farfulles.

Ifigenia trae una toalla.

IFIGENIA. Estaba tirada en la bañera, creo que está limpia.

Las andaluzas levantan las cabezas de los textos. El torero se mueve. Ellas le lanzan los cojines sobre los que estaban sentadas y este se los coloca debajo de la cabeza. Coge una naranja y empieza a pelarla metódicamente. Corta la piel con precisión, como si fuera un cirujano, y la naranja, una barriga.

ROSA. Está empezando a jalar. Si tiene apetito es que no se encuentra tan mal. Después le daremos un baño.

IFIGENIA. Por encima de mi cadáver. Yo no lo pienso tocar.

ROSA. *Ea. Aro. Eh coça mía. Tú echate una siehta pá recuperáhlah fuerçâ.*

IFIGENIA. Pensaba que estaba yendo a mi boda, y resulta que estaba dirigiéndome a la muerte. Creía que estaba yendo al encuentro del amor. Mi padre estaba detrás de la mentira. Chasqueó los dedos y yo ya estaba bajo el cuchillo. Me había vuelto tan pesada como un escarabajo en el fango. Debía morir. Me ofreció a Artemisa, me entregó a la muerte para poder seguir adelante con sus planes. Después me acarició la cabeza, me dio unas palmaditas en la espalda y se gastó una fortuna en una corona que apestaba a abeto, árbol de Navidad y estearina. Lloró como una Magdalena mientras se compadecía por su destino, la nariz se le puso